



Juan Carlos Castillón

es un antiguo librero que cansado de vender libros ajenos lleva algunos años escribiendo los propios. Tiene dos novelas, *LA MUERTE DE HÉROE Y OTROS SUEÑOS FASCISTAS* y *NIEVES SOBRE MIAMI*, y un libro de ensayos *AMOS DEL MUNDO, UNA HISTORIA DE LAS CONSPIRACIONES*, traducido o en vías de traducción al polaco, portugués, ruso, rumano e italiano. Su próximo libro, *EXTREMO OCCIDENTE*, aparecerá el año que viene.

AUTOPRESENTACIÓN

LA
BIBLIOTECA
DE LOS
LIBROS
PERDIDOS de
Stuart Kelly

reseña

LA BIBLIOTECA DE LOS LIBROS PERDIDOS

Stuart Kelly

Traducido al castellano por Paidós Ibérica

El enfoque inicial

Este libro nace de la obsesión del autor por crear listas, que le llevó en su infancia a hacer una lista de los episodios del *Doctor Who* (una serie de ciencia-ficción nunca difundida en España o Hispanoamérica) que no habían sido reemitidos. Han pasado los años, el autor ha crecido y esta es su nueva lista. Obviamente inconclusa, se trata de los libros cuya existencia conocemos, pero que no han llegado hasta nosotros o lo han hecho de forma incompleta. Hasta ochenta ejemplos nos son puestos de la fragilidad de la palabra escrita. Abundan los autores clásicos en esta lista que llega hasta el siglo XX y Georges Perec, cuyo inacabado *Cincuentaytres días* fue publicado por Mondadori hace pocos años. Desde luego los clásicos están sobre representados entre los autores perdidos. De ochenta artículos hay treinta y cuatro dedicados a escritores antiguos y medievales. Las guerras, las catástrofes naturales, el advenimiento del cristianismo o la destrucción de la biblioteca de Alejandría por un demasiado celoso califa de los creyentes, recortaron de forma drástica el número de obras teatrales y filosóficas griegas y romanas. Por lo demás hay muchas formas de perderse un libro y en este volumen podemos verlas casi



Juan Carlos Castillón

LA
BIBLIOTECA
DE LOS
LIBROS
PERDIDOS de
Stuart Kelly

reseña

todas: puede ser destruido por accidente o a causa de una guerra, censurado por la nueva religión, prohibido –toda la obra de Confucio tuvo que ser reescrita de memoria tras la muerte del primer emperador de China–, pero también ser destruido por el mismo autor –el caso de muchos autores que habiendo crecido como literatos deciden limpiar sus propias creaciones–, o darse el caso de aquellos cuentos de Ezra Pound que no fueron devueltos por la revista que los rechazó y de los que este no había conservado copia. Muchos libros, una vez desaparecido su autor, son conocidos sólo a través de citas, no siempre favorables, en las obras de otros autores; están incompletos, han sido acabados por otros autores o corregidos de acuerdo con el espíritu de la época. Otras veces son publicados sin el consentimiento del autor. Las Epístolas de San Pablo son de varios autores que para dar peso a sus palabras las atribuían al apóstol. Las memorias de César y sus campañas de África e Hispania fueron escritas por amigos suyos. Se han perdido las memorias de los primeros emperadores romanos, y la lista de gente a ejecutar de Calígula fue destruida por su tío y sucesor, del que sabemos era historiador gracias a una popular novela inglesa devenida serie televisiva, aunque de él tampoco nos ha quedado nada. Kafka no quería ver publicados sus inacabados manuscritos y dejó instrucciones a un albacea literario que le desobedeció... Kelly se pregunta hasta que punto es bueno que hayan aparecido tal y como lo hicieron, incompletos y revisados por Max Brod, un buen amigo pero un mal escritor.

He construido un monumento más resistente que el bronce, dijo Horacio, refiriéndose a su propia poesía. Existe la idea de que las obras sobreviven a los autores y les dan una inmortalidad más o menos merecida. Esa inmortalidad es lo que buscamos consciente o inconscientemente todos los escritores. Ser recordados más allá de la muerte. Sin embargo la literatura universal está llena de textos olvidados e incluso de autores que a pesar de estar muertos han sobrevivido a su obra. En lo personal creo que un mal Kafka sigue siendo mejor que un buen Brod, y una mala revisión preferible, por lo general, a una destrucción total. Contrariando la afirmación de Horacio, Safo, o al menos su fama, sobrevivió a una obra de la que no queda ni uno solo de sus poemas. De Gaio Cornelio Galo, un olvidado poeta épico romano, destacadísimo en vida, quedan sólo cinco palabras: *uno tellures dividit amne duas*.



Juan Carlos Castillón

LA
BIBLIOTECA
DE LOS
LIBROS
PERDIDOS de
Stuart Kelly

reseña

Esos textos extraviados pueden ser importantes, algunos de ellos están incluso entre los considerados como fundamentales por nuestra civilización. Gran parte del *Antiguo Testamento* está perdido o ha sido reescrito a partir de versiones anteriores de los textos perdidos. No se sabe con exactitud cuantos libros llegó a tener la Biblia precristiana pero sí que se han identificado, a través de citas, doscientos cuatro libros de los que sólo quedan cincuenta y dos, y aún teniendo en cuenta que por lo menos setenta de los perdidos no estaban destinados al gran público siguen faltando ochenta y dos que si lo estuvieron. Ah, si Dan Brown lo supiera probablemente ahí estaría la tercera parte del Código Davinci... confiemos en que no se entere...

Una defensa (no declarada) del canon occidental

He aquí un libro que se conforma al canon de la literatura occidental, tal y como este es defendido por Harold Blom y los profesores de literatura neo-tradicionales norteamericanos. Es la lista habitual de *Death white males* – hombres blancos muertos– tan criticados hoy por feministas, estructuralistas, marxistas y posmodernos varios en la Academia norteamericana. No veo sin embargo en esta selección el animo de polémica que animó originalmente el Canon occidental de Bloom, o los libros de algunos otros de sus seguidores. El libro sigue un orden cronológico y comienza con los grandes mitos del oriente medio y con la Biblia (que más que un libro es una biblioteca), sigue con la antigüedad clásica grecorromana, mezcla autores cristianos y musulmanes a lo largo de la Edad Media y el Renacimiento, antes de concentrarse en la literatura europea y norteamericana. escrito. Se conforma al canon de la literatura occidental, tal y como es defendido por Harold Blom y los profesores de literatura neo-tradicionales. Es la lista habitual de *Death white males* tan criticados hoy en algunos terrenos de la Academia norteamericana. No veo sin embargo en esta selección el animo de polémica que anima a Bloom y sus seguidores. El libro sigue un orden cronológico y comienza con los grandes mitos del oriente medio y con la Biblia (que más que un libro es una biblioteca), sigue con la antigüedad clásica grecorromana, mezcla los autores cristianos y musulmanes a lo largo de la Edad Media y el Renacimiento, antes de concentrarse en la literatura europea y norteamericana.

Ninguna antología estará nunca completa por amplia que sea. Personalmente lamento la falta de Nietzsche, con sus libros reescritos posmortem por su hermana; de Petronio, el único novelista romano que todos recuerdan y del



Juan Carlos Castillón

LA
BIBLIOTECA
DE LOS
LIBROS
PERDIDOS de
Stuart Kelly

reseña

que no queda sino fragmentos; de la literatura rusa bajo el régimen soviético... años atrás leyendo un libro –otro libro– sobre los archivos literarios de la KGB descubrí la existencia de decenas de autores que sencillamente no habían llegado a existir. Finalmente, un libro sobre bibliotecas y libros perdidos que no mencione a Borges, el bibliotecario que tanto hizo para destruir su obra de juventud, no será nunca considerado como serio por un hispanoparlante. Aunque claro el autor pertenece a otra tradición cultural.

Aparecen algunos asiáticos –pocos y antiguos– pero no veo latinoamericanos – aunque, en el capítulo dedicado a la reconstrucción interesada del pasado propio, tanto Neruda como Borges podrían dar lecciones–, ningún africano y sólo tres mujeres: Safo, una griega de la que no queda ningún poema; Faltonia Proba, una

romana de la que debido al género que cultivaba –el *centón*, una poesía permutativa creada a partir de un poema ajeno anterior– queda una obra pero ninguna palabra propia; y Silvia Platt.

Entre los autores de las eras moderna y contemporánea abundan los procedentes de la tradición anglosajona, lo que no deja de ser comprensible por ser a la que pertenece el autor, pero Kelly está bien al corriente de la literatura continental y la anglosajona no es una presencia abusiva, cerrada o pesada. Europa continental está bien representada, aunque sólo a través de sus literaturas mayores: francesa, alemana y rusa...

Los autores y obras tratadas lo son en artículos independientes entre sí, de fácil lectura. Por regla general, Kelly sitúa al autor en su época, nos da los datos disponibles sobre su vida y obra, que a menudo no son muchos, se regodea en su leyenda y a veces incluso sobre todo en los aspectos más interesantes de la misma –veo en ello menos una táctica comercial que un sincero afán de hacer un libro sobre libros que sea algo divertido–, luego analiza finalmente la obra perdida. Esto último no siempre es fácil dado que de algunas obras no ha quedado sino el ataque, la parodia, la crítica o la cita trunca de los colegas.

Existen otros compendios de libros: el famoso *Mil libros* de la editorial *Aguilar* o el *Diccionario de argumentos de la literatura universal* de Frenzel, publicado por *Gredos*, pero no uno destinado a las palabras perdidas. Quizás en ello reside algo de la originalidad de *La Biblioteca de los libros perdidos*, de Stuart Kelly. Es en cualquier caso un libro interesante y divertido que bien merece una lectura ■

